

DAVID MORÁN
Barcelona

Al poco de publicar su primera novela, cuando aún no se había convertido en un fenómeno fenomenal pero ya apuntaba maneras, Regina Rodríguez Sirvent (Alp, 1983) vivió la que probablemente fue la peor noche de su vida. Acababa de dar a luz de forma muy prematura a su hijo Bruc y estaba ingresada en Vall d'Hebron infectada por listeria. «Pensaba que me volvía loca», recuerda la autora de *Les calces al sol*. En el hospital, con un crío recién nacido en la uci neonatal y una vía cosida a la vena, el miedo se la comía a dentelladas. «Tenía el móvil, lo abrí y me tragué *Polònia*, *APM?* y *Cites*. De pronto pensé: 'Esto me salva igual que el antibiótico que llevo en vena'. Y precisamente eso es lo que defiendiendo ahora», relata poco antes de que *Crispetes de matinada* (La Campana), su segunda novela, llegue a las librerías. En ella, Rodríguez Sirvent se reencuentra con Rita Racons, mientras reflexiona sobre los sueños cumplidos (o echados a perder) en uno de los primeros *coworkings* de Barcelona.

— ¿Cómo de difícil ha sido la siem- pre difícil segunda novela?

— Con *Les calces al sol* no sabía cómo funcionaba el mundo editorial, no tenía ni idea de nada, así que me he dicho que nadie está pensando en mí ahora mismo. He protegido mi espacio, que es lo que me lleva a escribir. Si yo no me lo paso bien, no tiene sentido. Yo he venido a esta vida a pasármelo bien; lo que me lleva a ponerme miles de horas delante de un ordenador es precisamente eso, la alegría.

— En la novela, Rita ya sabe lo que quiere hacer, pero sigue tanto o más perdida que en *Les calces al sol*.

— Una de las cosas que quería dejar claras es que yo lo que quería era escribir una novela y no podía estar más lejos de eso. Como ella, estaba vendiendo vinos en Japón. Y eso es real. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo me podía haber desviado tanto? Eso, para arrancar el libro, me funcionaba muchísimo. Yo volví de Atlanta sabiendo que mi tipo de escritura no iba hacia el periodismo, que era creativa. Tenía que ganarme la vida y pensaba que no podía ganármela escribiendo. Estaba tan perdida a nivel vital que iba haciendo todo tipo de trabajos. Hasta que me echaron de uno.

— Como le ocurre a Rita en el libro.

— Eso es. Te echan de un trabajo y caes en el vacío. Es superviolento. Me daba vergüenza decirlo, porque no había oído nunca a nadie contar que lo hubieran echado. Pensaba: '¿Y ahora cómo explico yo esto?'. Me sentía avergonzadísima. Aquello fue un detonante. Había organizado his-



Regina Rodríguez Sirvent, fotografiada antes de la entrevista.

Regina Rodríguez Sirvent

Escritora

«Me echaron de un trabajo y fue como caer al vacío; me daba vergüenza decirlo»

La autora catalana, responsable del fenómeno 'Les calces al sol', retoma las andanzas de su 'alter ego' Rita Racons en 'Crispetes de matinada'

toriales en un hospital, había vendido fotos, me ficharon durante un mes para vender escritorios virtuales... Al final pensé: ¿pero qué haces? Y todo porque era muy difícil ponerse a escribir y pensar que podías ganar la vida con eso.

— Una novela «como Dios manda», dice la protagonista, es «seria, rigurosa» y «nace del dolor de la pérdida identitaria». Lo contrario al humor y la risa, vamos.

— Tardé una década en encontrar mi voz, porque los referentes que buscaba, con los que creía que me tenía que identificar, eran más oscuros, más densos. Me buscaba en historias ajenas, pero tuve que hacer este viaje para darme cuenta de que el humor es siempre suficiente y elevado. En esta sociedad, en realidad en todas las sociedades del primer mun-

do, hay un desprecio o menosprecio hacia el humor, cuando en realidad es lo que nos salva cada día. Para mí es un puntal, aunque no quiero decir que esto sea una comedia, porque luego la gente lee tres páginas y si no se ríe a carcajadas se decepciona.

— El retrato del *coworking* donde trabaja Rita, con esos emprendedores entusiasmados mientras hay quien recuerda que «la Gauche Divine fue la cortina de humo de la precariedad», tiene algo de paródico.

— Puede, pero me gustaría pensar que también hay un mensaje ahí de qué bien que exista esa gente. Porque si no hay soñadores, al final nada empieza. Yo también pensé que podría escribir una novela y ha pasado. El libro, al final, tiene que ver con los sueños. Lo fácil es despreciar la parte artística y soñadora, pasa cons-

tantemente, pero hay una parte de inconsciencia que es muy poderosa, y yo la quiero proteger.

— ¿La inconsciencia es también una buena manera de lidiar con el éxito y las listas de ventas?

— Absolutamente. Es que además es muy injusto, porque quienes escribimos lo que hacemos es explicar cómo amamos y entendemos la vida. Eso es subjetivo y personal. Comparar esas cosas es injusto, absurdo y no le hace ningún favor a nadie: ni al autor, ni al lector ni a nadie. Evidentemente todo el mundo quiere vender, porque inviertes mucho tiempo y quieres que lo que escribes llegue lo más lejos posible. Pero que eso no sea la premisa ni el horizonte. Porque si no, no funcionará.

— ¿Cómo es su Barcelona?

— Para mí siempre será una especie de Ítaca, porque yo soy de pueblo y para mí Barcelona era el mundo de las oportunidades. Hasta que cumplí los 18 años como mucho venía una vez al año. Llevo 12 años en la Barceloneta, pero creo que siempre viviré en esa especie de idealización. Mi familia sigue estando en la Cerdanya, pero mi trabajo es llevar a gente que tiene muchas ganas de conocer la mejor versión de Barcelona y está de vacaciones y feliz, así que durante muchas horas enseño la ciudad, lo que para mí es un honor y un privilegio. Mi Barcelona también son las aceras barridas y el olor a café de Can Salvador que ya narraba Vázquez Montalbán. Son las calles del Born donde juegan mis hijos, y por donde corro yo temprano, sola, como si volviera al pueblo de pequeña, solo que este tiene 2.000 años y es el pueblo más bonito que he visto nunca. Claro que hay cosas malas y sé que hay una Barcelona muy precaria y dura, pero si la miras con los ojos de alguien que viene de fuera es muy bonita.

— ¿Aprovecha para sus novelas algo de lo visto u oído en estos *tours* gastronómicos que organiza para turistas extranjeros?

— Yo soy una urraca: lo aprovecho todo, absolutamente todo. Explicar Barcelona también te da esa distancia, la de mirar la ciudad a través del otro. Charlotte (uno de los personajes de *Crispetes de matinada*) es un producto de mis clientes. ¿Sabes Damon Lindelof, el guionista de *Lost*? Pues se está leyendo *Les calces al sol* porque le hice un *tour*.

— ¿Qué le espera a Rita Racons en el futuro?

— Aventuras. Su hábitat es la aventura. Para mí la vida cotidiana puede ser perfectamente épica. No le espera una vida tranquila, ni calmada ni previsible. Ahora se publica *Les calces al sol* en EEUU y en septiembre me irá de gira. Que los niños a los que cuidé estén ahora leyendo el libro y que el barrio donde viví todo el mundo lo lea es como cerrar el círculo. ■



«Hay un desprecio o menosprecio hacia el humor, cuando en realidad es lo que nos salva cada día»